

Jesucristo: «Te bendigo, Padre, Señor y Rey del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeños (1);» es decir, has apartado tu gracia y has ocultado las maravillas de tu amor á los que se llaman sábios, á los que, llenos de orgullo, todo pretenden saberlo por sí mismos, y á sí solos atribuirlo todo; y las has revelado á los pequeños, las has comunicado á los humildes y sencillos de corazón, que no se apartan de tu ordenación sublime. La grandeza viene de Dios; de él el talento, la riqueza, el poder; de él es cuanto existe. Solo el que se acerque á Dios y á él se someta, y de su mano reciba sus dones para usarlos noblemente, según Dios, solo este será digno de la grandeza, que principia con la virtud en la tierra, y se consuma con la posesión de Dios en la eternidad.

Pero no creáis, Señores, que la doctrina de la humildad tiende á abatirlos, y á cortar el vuelo á las aspiraciones del corazón. Ninguna otra doctrina exalta al hombre como la doctrina católica: ninguna otra le propone una ambición más noble ni un fin más sublime. Ella le habla siempre de su origen y de su fin en el cielo; le ofrece la inmortalidad en la eternidad; le da á Dios por Padre y por hermano, por patria el cielo, la gloria del Infinito, y al Infinito mismo por premio y por herencia. Así es como esta doctrina armoniza la humildad con la más sublime elevación del alma, enseñando que la exaltación y la grandeza no está en la naturaleza, en la gerarquía material ó exterior de los seres, sino en el corazón, en el alma ennoblecida por la gracia y la virtud. La virtud crece más, cuanto más profunda está su raíz; y cuanto más se humilla el hombre, y del fondo de su

(1) Matth. XI, 25.

humildad eleva su corazón hasta Dios, más espacio recorre, dice San Agustín, más grandeza adquiere, mayor es su heroísmo, más encumbrada su virtud, y su santidad, y su gloria (1). Tal es la doctrina fundada en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo, que ha regenerado al mundo, restableciendo en el individuo y en la sociedad la armonía que destruyera el orgullo hermanado con la concupiscencia, sustituyéndola con la humildad enlazada con la caridad fraterna, de que nos ocuparemos en los días siguientes. Veamos ahora la confirmación de todo en la humillación voluntaria de Jesucristo en la Eucaristía, y en los resultados que produce en los que se unen á él por este Sacramento.

SEGUNDA PARTE.

La verdadera felicidad del hombre consiste en la unión con Dios para vivir de su propia vida, obrar según su espíritu y reflejar en sí la grandeza de Dios (2). Lo vimos en el discurso anterior; y vimos también, que el medio más eficaz para elevarse á esa felicidad, es la Comunión Eucarística, que nos hace vivir de Jesucristo, nos comunica la vida de Dios. Mas para que Dios se comunique al hombre, ha de haber en este una disposición indispensable: el orden, la humildad. Lo hemos visto antes, y Jesucristo nos lo enseña en su vida eucarística como en su vida mortal. En una y otra tiene los

(1) S. Aug., Serm. 10 de Verbis Domini.

(2) *Secutio Dei, beatitatis appetitus est; consecutio autem ipsa beatitas.* (Id. de vita beata.)

mismos caracteres; en una y otra es verdad, camino y vida del hombre; en una y otra es el modelo de nuestras acciones y el término de nuestras aspiraciones. Hombre, es nuestro modelo; Dios, es nuestro término. Hombre, primogénito de los hermanos, nuevo Adán que precede á la humanidad regenerada por él, traza el camino que hemos de recorrer para llegar á Dios. Dios, nos sostiene en el camino, nos abraza en su término, nos inunda de amor y de gloria; y Dios-hombre, compañero inseparable de la humanidad, perpetúa su vida en la Eucaristía, para que en ella y por ella se eleve el hombre hasta él, y se una con él (1).

¿Cuál es el carácter de esa vida eucarística del nuevo Adán, tipo de la humanidad, puesto constantemente ante nosotros? El mismo de su vida mortal; la humildad, la humillacion voluntaria, el sacrificio, la muerte de sí mismo. De ese modo principió su obra, dice San Leon, de ese modo quiere consumarla (2). Contempladle en esa hostia santa, y decidme: ¿Puede abatirse más? ¿Puede reducir á menor término su grandeza? En la tierra ocultó su divinidad; en el altar oculta también su humanidad (3). Solo ocultándola puede el hombre acercarse á él sin que le deslumbré y confunda el brillo de la gloria de esa humanidad divinizada. El amor le hace que se humille, porque solo así puede el hombre unirse á él, alimentarse de él. Ahí aparece como muerto, siendo la misma vida; aparece pequeño, siendo la misma

(1) *Ista est via: ambula per humilitatem, ut pervenias ad æternitatem. Deus Christus, patria est, quo imus; homo Christus, via est, qua imus.* (Id. de Verb. Dom., Serm. 41.)

(2) S. Leo, Serm. 7, in Epiph.

(3) *In cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas.* (S. Thom., Rhythm. ad Sac. Euchar.)

grandeza; aparece como pobre, siendo la misma riqueza. ¡O amor! ¡Cuán grande eres en tus invenciones, y cuán incomprendible en tus misterios! ¿Quién, Señores, sin la fe y sin el amor, reconociera en la pequeñez de esa hostia al Hijo del Eterno Padre? ¿Quién se hubiera atrevido á decirle: Si quereis darnos una prueba de amor, anonadaos, escondeos bajo la humilde especie de pan para servirnos de alimento? Pues hé aquí, exclama San Agustin, que lo que el hombre, con toda la osadía de su orgullo, no se atreviera á pedir, lo otorga y hace voluntariamente Jesucristo (1). Su cuerpo, su alma, su divinidad, todo lo encierra en ese Sacramento. Y no solo sufre la humillacion voluntaria de anonadamiento, y la de su estado de víctima ofrecida al Padre constantemente, sino que tambien en ese Sacramento, como en su vida mortal, consiente las humillaciones que recibe de los hombres. Ahí sufre la persecucion de los herejes, y las blasfemias de los impíos, y la indiferencia de los que, llamándose cristianos, se olvidan de él, y el desprecio de los que se dan el título de espíritus fuertes; como si pudiera el hombre ser cristiano sin Cristo, ser cristiano sin fe, y ser espíritu fuerte sin el espíritu de Cristo. Para sufrirlo todo, se humilla y permanece anonadado en esa hostia veneranda. ¡O humildad de Jesus! ¡Cómo confundes nuestro orgullo! ¡O amor! ¡Cómo no triunfas con tu humillacion voluntaria de la indiferencia filosófica, de la inmoralidad libertina, de la hipocresía farisáica, del orgullo y de la tibieza tan general en nuestros tiempos?

(1) *In corpore et sanguine suo voluit esse salutem nostram. Unde autem commendavit corpus et sanguinem suum? De humilitate sua. Nisi enim esset humilis, nec manducaretur nec biberetur. ¿Quis autem homo posset ad illum cibum? ¿Ubi cor idoneum illi cibo?* (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 33, Serm. I.)

Jesucristo, hermanos míos, en la Eucaristía, se humilla como hombre delante de su Padre, como se humilló en la tierra durante su vida mortal. Así correspondió y corresponde dignamente á la gracia inefable de haber sido elevado á la filiación divina, reconociendo de palabra y de obra la superioridad del Padre (1), y ofreciéndose como víctima para su gloria. «Hé aquí que vengo á cumplir vuestra voluntad (2); porque no busco mi gloria, sino la vuestra (3).» Esto dijo, y cumpliéndolo, se humilló y subió á la Cruz. Por ello el Padre le exaltó sobre todas las cosas, humillando á sus piés á los que antes le humilláran (4). En la Eucaristía repite la misma palabra, perpetúa la misma humillación y el sacrificio que el Padre le impuso para la salud del mundo; y en la Eucaristía también el Padre le glorifica, los ángeles le bendicen, el mundo le adora. «Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición (5). Ese es el cántico, que resuena en el cielo y se repite en la tierra. Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (6).» Su humildad, su humillación es la condición de su gloria.

Pero al obrar de esta manera Jesucristo, no lo hace solo en su nombre. Es el segundo Adán, cabeza de la humanidad; es el hombre nuevo, á cuya imagen se ha de renovar el género humano; es el representante de todos, dice San León, puesto que en él está la naturale-

(1) Joann. XIV, 28; VIII, 29.

(2) Psalm. XXXIX, 9.

(3) Joann. VIII, 50.

(4) Philip. II, 10; Ps. CIX, 1.

(5) Apoc. V, 12.

(6) Id. id., 13.

za de todos (1). En nombre de todos, pues, se humilla; en nombre de todos, y caminando al frente de todos los hombres para servirles de guía, porque nadie va al Padre sino por él (2), traza en su humillación el camino que hemos de seguir nosotros; y el de la gloria que esperamos, en la que él recibe del Padre y de todas las criaturas. Hé aquí la gran lección que nos da desde ese Sacramento: aprended de mí, que soy humilde de corazón, y tendréis paz para vuestras almas (3). No hay descanso, dice Santo Tomás de Villanueva, no hay paz sino en la humildad. ¿De dónde, añade, de dónde tanta agitación y tantas desgracias en el mundo, sino de la hinchazón de la soberbia? Todos queremos ser honrados y tenidos en más de lo que somos. El aguijón de este deseo atormenta incesantemente á los hombres, y no les permite tener ni un día feliz en toda su vida. ¡O peso terrible sobre los hijos de Adán, é intolerable yugo que arrastran desde el día que nacen hasta su muerte! Verdaderamente se cumple lo que dijo el Profeta: «Quebranto y calamidad en los caminos de ellos: no conocieron el camino de la paz, es decir, la humildad (4).» Si por él anduvieran, tendrían días de descanso y de felicidad. ¡Cuánta felicidad hay en la incorruptibilidad de un espíritu quieto y modesto! ¡Cuánta paz hay en un corazón humilde! ¡Cuánta tranquilidad en el hombre que desprecia los favores del mundo y las pueriles glorias de la tierra, á quien nada importa el juicio del pueblo y de los que pasan! El que, contento con el testimo-

(1) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Pass.)

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Matth. XI, 29.

(4) Psalm. XIII, 6.

nio de Dios y de su conciencia, no atiende á las alabanzas ni á los desprecios de los hombres, sino que, elevándose sobre ellos por su virtud y como señor de todo, todo lo pisotea, y á nadie se somete por alcanzar una falsa gloria: este, feliz en su vida, goza de paz en la tierra, y se la prepara mayor en el cielo. Porque no quiso ser exaltado entre los hombres, será sublimado entre los ángeles; ambos premios tiene la humildad; la paz ahora, la bienaventuranza despues; y, en cierto modo, ya principia á gozarla el que por amor á Cristo se hace humilde (1). Acordaos de la palabra sublime que pronunció la inmaculada María: «Ha mirado el Señor la humildad de su Sierva, y por ello todas las generaciones me llamarán bienaventurada; porque ha obrado en mí cosas grandes el Omnipotente (2).»

Cristo, en la Sagrada Eucaristía, no solo es el hombre modelo, sino el Dios término del hombre; y en ella permanece para que, mediante la Comunión, el alma se eleve hasta él, se una á él, y alcance la felicidad á que aspira y á que Dios quiere conducirla. Es muy pequeño el hombre para llegarse á Dios y abismarse en él con una union casi sustancial y perfecta, cual la que quiere el amor, para el colmo de la felicidad; por eso Dios se llega al hombre, y se hace su alimento para incorporár-

(1) Non est requies, fratres, non est pax nisi in humilitate sola. Unde tanta vexatio et infelicitas in orbe, nisi ex superbiæ tumore? Quia videlicet honorari et reputari volumus plus quam sumus. Aculeus sollicitudinis hujus indesinenter pungit mortales, neque sinit eos, vel unam diem habere felicem.... ¡O pondus gravissimum super filios Adam, et intolerabile jugum à die ortus sui usque ad diem sepulturæ eorum! Vere contritio et infelicitas in viis eorum, et viam pacis, humilitatem scilicet, non cognoverunt. Si enim hac procederent via, quietissimos et felicissimos dies agerent. Quanta felicitas, etc. (S. Thom. Vill., Serm. 1 de S. Martino.)

(2) Luc. II, 48.

sele, confundiéndose en uno, así como el alimento y el que lo recibe (1). La humillacion es el medio de que Jesucristo se vale para este noble fin de su inefable amor. Y bien, Señores, si Dios se abate, se humilla, se reduce á la pequeñez de esa hostia por amor al hombre, ¿podrá el hombre buscar á Dios por el amor, sin humillarse por él, sin hacer de la humildad el carácter de su vida, y del sacrificio de sí mismo el medio de union, desapareciendo á sus propios ojos para no vivir sino de Dios? ¿Se atreverá el hombre á presentarse á su Dios, que se humilla hasta él, insultándole con su orgullo, y queriendo pasar más allá de lo que Dios en su providencia le ha señalado? El alma del hombre, gobernada por el espíritu de Satanás, que es el orgullo y la soberbia, el aprecio desordenado de sí mismo, y el vano deseo de una elevacion inmerecida, ¿podrá unirse con el Hijo de Dios, cuyo espíritu es la humildad, el sacrificio de sí mismo, la abnegacion y el anonadamiento hasta el último extremo? No es posible, Señores. La union perfecta pide simpatía, semejanza de ideas, de sentimiento, de acciones. La soberbia y la humildad se rechazan mutuamente. El hombre soberbio no tiene semejanza con Dios humillado: su union es imposible. San Pablo lo dice: «¿Qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué relacion entre Cristo y Belial?» (2) La humildad, pues, principio de la verdadera grandeza, es indispensable para la union íntima entre Jesucristo y el alma por la sagrada Comunión: así como esta es indispensable para llegar á la consumacion de la felicidad, del amor y de la

(1) Nisi esset humilis, nec manducaretur nec biberetur. ¿Quis autem homo posset ad illum cibum? ¿Ubi cor idoneum illi cibo? (S. Aug., Serm. 1 in Psalm. 33.)

(2) II Corinth. VI, 15.

vida divina en la union perfecta de Dios. Sin la humildad, dice Beda, no se encuentra la puerta del cielo (1). Si quieres encontrarla, búscala en Cristo, búscala en la Comunión, dice San Agustín; porque si no andas ese camino con pié humilde, no llegarás á la sublime elevación en que termina (2).

La sagrada Eucaristía es, según ello, el ejemplo más perfecto de humildad para el hombre, presentándole á todas horas á Jesucristo reducido voluntariamente al último extremo del anonadamiento por amor; y es también el estímulo más poderoso para la práctica de la humildad, que exige Jesucristo, á fin de que el hombre se una á él. El amor de Cristo nos apremia á amarle, dice San Pablo (3): la humildad de Cristo nos apremia también á humillarnos. Este Sacramento es, en fin, el medio más eficaz para que el hombre adquiera esta virtud: él la produce. El que me come, dice Jesucristo, vive de mi misma vida (4); le infundo mis sentimientos, le infundo mi humildad.

Hombres que vivís en el seno del Catolicismo, hombres que, sintiendo en vuestro corazón nobles deseos de llegar á la santidad y á la gloria á que Dios os llama, ¿queréis arrancar de raíz la soberbia que el desorden original inoculó en vosotros? Venid á Jesús Sacramentado; mirad, y haced según el modelo que os presenta (5); uníos á él en la sagrada Comunión; injertaos de él para

(1) Sine humilitate janua cœlestis non potest inveniri. (Beda, Hom. in cap. 3 Joann.)

(2) Invenies humilitatis viam, quam pede superbo non carpis: quam nisi humili pede calcaveris, ad celsitudinem, quò ducit, pervenire non poteris. (S. Aug., Serm. 23 de Sanctis.)

(3) II Corinth. V, 14.

(4) Joann. VI, 58.

(5) Exod. XXV, 40.

vivir de la sávia de su humildad y animaros de su espíritu. La Comunión frecuente sustituirá en vosotros á la vida de la tierra, la del cielo; al hombre viejo, el hombre nuevo; al espíritu de Satanás, el espíritu de Cristo; á la vida del hombre, la vida de Dios. Ella os hará decir con San Pablo: «Ya no vivo yo: Cristo vive en mí (1); y presentando en vuestro exterior la imágen del Primogénito de los predestinados, sereis del número de estos, y el Padre os amará y vendrá á vuestro corazón (2); y llenándoos de sí mismo en la tierra, os exaltará, como tiene prometido á los humildes, en la gloria del cielo.

(1) Gal. II, 20.

(2) Joann. XIV, 23.